

EL CASERÍO VASCO. UN MODELO DE ECONOMÍA AGRÍCOLA

Resumen: Partiendo de la memoria histórica de mediados del siglo XX, se sitúa el caserío vasco de Guipúzcoa como un modelo de explotación agrícola unifamiliar, con unas características muy definidas, que destacan por su autonomía, capacidad de adaptación en circunstancias muy diversas, dentro de una forma de vida muy austera y equilibrada, que explican su larga perduración. Es además la base de la cultura vasca con un ideario específico, con una concepción del hombre y el mundo eminentemente humanística, como ha visto Don José Miguel de Barandiarán.

Palabras clave: Caserío vasco. Guipúzcoa. Modelo de explotación agrícola familiar.

Abstract: Starting from the historical memory that goes back to the 19th century, the Basque farm in Guipúzcoa becomes a model of single family farming exploitation with specific features which stand out because of its autonomy and capacity of adaptation in different circumstances, within a very austere and balanced way of life which explains its long duration. It is also the base of the Basque culture with a specific idiosyncrasy, with a conception of the human being and the world fully humanistic, as was pointed out by Don José Miguel de Barandiarán.

Key words: Basque farm. Guipúzcoa. Model of single family farming exploitation.

La redacción de este escrito al Homenaje que hacemos a nuestro amigo y compañero Ignacio Barandiarán, con motivo de su jubilación, coincide con mi estancia veraniega en San Sebastián, nuestra querida patria chica, a la que, por lejos que estemos, nunca queremos renunciar. Esto puede justificar la elección del tema que no pretende ser un estudio etnográfico para el que no estoy preparada, sino más bien una reflexión sobre recuerdos y tradiciones recogidos desde la infancia, que resurgen al llegar a la vejez.

Todo empezó con una visita a Asteasu, el pueblo de mi abuela materna, a donde no había vuelto desde hace unos cuarenta años. Como es natural, las cosas habían cambiado mucho, sobre todo el frontón que se ha convertido en una construcción cerrada muy moderna, buena muestra de que el juego de pelota sigue siendo importante en nuestros pueblos y en el ocio de los jóvenes. La plaza, con el magnífico edificio del Ayuntamiento, el antiguo Concejo, con su escudo de armas (blasón pontificio) en la fachada, la fuente, los monumentos, siguen igual. Y sobre todo, la Iglesia y anteiglesia en lo alto, permanecen dominando el pueblo de abajo y el bello paisaje, de caseríos dispersos, con el Ernio al fondo. Recordé tantas historias que nos contaba la abuela de sus tiempos de juventud, y las visitas que de vez en cuando hacíamos al viejo caserío, vivencias y enseñanzas que permanecen de alguna manera en nosotros, que forman parte de nuestro ser y nos trasladan al pasado. Lo que el maestro Vicens Vives llamaba «el espíritu objetivo de la Historia» y que, no se bien como, de repente surge de un rincón olvidado de nuestro interior.

Estos recuerdos y reflexiones, esta herencia histórica, me hicieron pensar que podía ser interesante, en una aproximación a nuestros primeros agricultores neolíticos, o al menos a una forma de vida

enteramente campesina a la que tantos antropólogos se han acercado estudiando poblaciones primitivas contemporáneas. El caserío vasco además destaca como modelo muy autárquico, de adaptación a lo largo del tiempo, acogiendo lo nuevo, aunque conservando su personalidad, porque, como solía decir Don José Miguel de Barandiarán, «lo moderno es tan bueno como lo antiguo, sino mas».

Sin mas pretensión, me arriesgo a intentar recoger algunos apuntes de tipo histórico etnográfico, que están en la base de la rica cultura del pueblo vasco y, particularmente guipuzcoano, entrañablemente arraigado a sus montañas y valles, e ilusionadamente abierto al mar y a espacios menos familiares y e incluso muy lejanos. El supuesto espíritu aventurero de nuestros navegantes, exploradores o misioneros, la pesca de altura como medio económico de vida, la explotación de recursos mineros, el gran desarrollo de manufacturas e industrias, la fama de nuestros escribanos y el prestigio de algunos de nuestros artistas y hombres de leyes y letras, aunque parezca increíble, es el resultado de una sociedad muy tradicional, con una forma de vida caracterizada por una economía agrícola y pastoril muy cerrada por límites geográficos y sociales desde sus inicios, quizás en la Prehistoria, hasta mediados del siglo xx.

Mas que la extensión de la propiedad, pesaba sobre todo una organización familiar muy estricta, con estrechos lazos de parentesco fuertemente arraigados, que vinculan a la familia a la casa, al caserío, como puede rastrearse incluso en muchos de sus largos apellidos. Hasta el siglo xvi, y aún después, los estudios de heráldica muestran que el apellido de la persona era el nombre de la casa, abandonando incluso el propio paterno por el de la casa a donde se iba a vivir, o uniéndose al de esta. Se trata de una organización familiar que trasciende los cambios históricos, tecnológicos y sociales por lo menos hasta el siglo xix. La institución del mayorazgo, como en Cataluña, dificultaba fragmentar la propiedad familiar y, al mismo tiempo obligaba a buscar salidas para los hijos (en general numerosos) que no podían ser asimilados en la labores del caserío.

Me atrevería a decir que esta necesidad de buscar salidas fuera del limitado espacio familiar y geográfico, dio lugar al sentimiento melancólico y nostálgico de los vascos, superado en gran parte por el esfuerzo y capacidad de adaptación, tan fuertes como para realizar un programa de vida pleno en ambientes y sociedades muy diversas. Como dice Don J.M. de Barandiarán¹, «Es esta simpatía social de la familia la que deja huellas mas profundas en la mayor parte de los casos, sobre todo en los hijos de los caseríos, por ser la mas intensa, la mas continua, la mas íntima, casi la única que por largo tiempo alimenta la vida del hombre». «Si alguna vez la nostalgia del tiempo y de su país se apodera del vasco, alejado de sus tierras, es principalmente la nostalgia de su familia y de su caserío»²

Esta realidad dio lugar por un lado al conservadurismo del mundo rural, y por otro a una temprana división del trabajo en comunidades que pretendían ser autosuficientes, lo que facilitó después su adaptación al aperturismo de la sociedad en aldeas y agrupaciones urbanas, o hacia actividades muy diversificadas: artesanas, industriales, de intercambio comercial y de servicios. Hace sólo medio siglo todavía se podía penetrar en el meollo de la familia rural vasca, organizada en una fuerte estructura doméstica ligada al caserío, y religioso administrativa en la Iglesia y el Concejo. Sobre todo en Guipúzcoa, la provincia con mayor densidad de población, la agricultura y el pastoreo eran básicos para una gran parte de su población. La necesaria y difícil reestructuración no fue paralela a la transformación económica industrial y comercial, que, naturalmente, supuso un rotundo cambio en la organización social.

Actualmente, el caserío se ha ido abandonando por incómodo o poco rentable, si no ha contado con ayudas económicas que modernizaran su adaptación a los nuevos tiempos, pero, sobre todo

¹ J. M. de Barandiarán: *Nacimiento y expansión de los fenómenos sociales*. Vitoria 1925.

² *El hombre primitivo en el País Vasco*. Edit. Itxaropena, Zarauz 1934, pp. 67-68.

porque ha evolucionado la estructura familiar que era su base. El gran esfuerzo hecho por la Diputación Provincial en la red de comunicaciones, convirtió los caminos en carreteras que llegaban a todos los caseríos, rompiendo su aislamiento. Esto facilitó en gran medida la compatibilidad de un trabajo mejor remunerado en algún pueblo o núcleo urbano, con la atención a las labores del caserío. En este sentido, es muy importante la evolución del papel de la mujer, cuyas cotidianas y duras labores del caserío se unían a la diaria salida comercial de los productos, facilitándoles el conocimiento y relación con otros medios económicos y sociales, abriéndoles otras perspectivas de futuro muy lejos de la sacrificada e influyente *etxeokoandre* de otros tiempos³. En los años cincuenta del pasado siglo se hizo un interesante intento de hacer rentable la economía del caserío, con la creación de la Escuela rural Zabalegui, que, sobre todo, pretendía mejorar la vida del casero (*baserritarra*) para que no fuera captado por la fábrica o el pueblo, mas cómodos y atractivos⁴. Actualmente, en muchos casos el caserío se ha convertido en una segunda residencia para huir del estrés urbano, aunque su adaptación sólo esté a disposición de personas con desahogada situación económica. Por eso, en nuestros pueblos surgen a los lados de sus carreteras de entrada y salida, naves de talleres e industrias junto a urbanizaciones de apartamentos, adosados y casas unifamiliares, ocupadas por gentes que en muchos casos continúan su antigua adscripción al territorio de sus mayores. La alternativa turística que ha proliferado el llamado «turismo rural», no deja de ser algo artificial en muchos casos, aunque la hospitalidad con los foráneos, podemos decir que si es de tradición muy antigua y también aquí contribuye al éxito de los que quieren disfrutar temporalmente de nuestro clima y paisajes.

Pero volviendo al modelo del caserío, explotación de régimen familiar en propiedad o en arriendo, que todavía podía reconocerse plenamente en Guipúzcoa en la primera mitad del siglo xx, se puede afirmar que había subsistido y resistido a pesar de soportar plenamente dos momentos de cambios histórico culturales decisivos: el Renacimiento y la Ilustración, seguidos de los turbulentos acontecimientos producidos por la invasión napoleónica y las guerras carlistas que supusieron una vuelta al desamparo y la indefensión que recordaba los tiempos de las banderías de los señores medievales. Estas dificultades obligaron a buscar recursos de autodefensa ante la falta de autoridad y el abuso de las banderías, estimulando una enorme austeridad y también el sentido de independencia y libertad, sobre los que tanto insiste el Padre Larramendi⁵

El periodo del Renacimiento de los siglos xv y xvi, aportó una renovación administrativa a partir de los Reyes Católicos. La consolidación de los Concejos y Parroquias, la implantación de censos, registros de bautismo, matrimonio y defunción, cada vez más completos, dando lugar al desarrollo de una importante actividad de escribanos y contadores, así como una disminución del poder de la nobleza, los Parientes Mayores, que, sin embargo, procuraban seguir interviniendo en los Concejos, a pesar de las prohibiciones. No menos importante fue el descubrimiento de América, y la expansión por los territorios del Pacífico, en los que tanta importancia tuvo la intervención de vascongados, así como la adaptación de tantos cultivos americanos a la economía del caserío, que, a partir de entonces, se hicieron indispensables, mejorando considerablemente su rentabilidad y dieta alimenticia y por tanto la consolidación del modelo.

³ M. T. del Valle: «Los estudios sobre la mujer en la antropología vasca». *Eusko Ikaskuntza. Cuadernos de Sección: Antropología- Etnografía, Prehistoria-Arqueología* 1. Zarauz 1982, pp. 123-134.

⁴ A. Lecuona, J. Zubía, J. Perurena y M. Garmendia: *El caserío rentable, Trabajo en colaboración*. Aportación de

la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián e su 90º aniversario. San Sebastián 1969.

⁵ *Corografía de la provincia de Guipuzcoa*, Edit. Amigos del Libro Vasco, Bilbao 1985.

La introducción del maíz en el País Vasco desde América, fue muy importante, llegando a sustituir el pan de mijo, del que hasta entonces se hacía un gran consumo y que siguió siendo cultivado durante el siglo xvi. El Padre Larramendi atribuye la introducción del maíz en Guipúzcoa, en el siglo xvi, a un personaje del que sabemos muy poco, Gonzalo de Percaiztegui, al parecer natural de Hernani, que traería el maíz de las Indias a Guipúzcoa, desde donde se comunicó después a las otras provincias. En 1564 se cita a un Gonzalo de Percaiztegui, vecino de Hernani, como enviado en comisión al Consejo Real de Navarra, pero no sabemos si es el mismo. En todo caso, el descubrimiento de América dio lugar a una importante corriente de migratoria y al conocimiento del maíz, la habichuela, el pimiento, el tomate... y sus formas de cultivo, todavía actualmente inseparables de la agricultura local.

Sabemos que en 1493, tras el primer viaje de Colón, el maíz llegó a Europa y que en 1494 se desarrolló el primer cultivo de maíz europeo en los alrededores de Sevilla, aunque fuera como simple planta ornamental, y, hacia 1634 su implantación se había generalizado por todo el norte de España⁶

Aunque no tengamos datos precisos sobre el proceso de adaptación en Guipúzcoa hay que pensar en que debió de tener un periodo de prueba y experimentación no necesariamente muy largo, por las condiciones de suelo y clima adecuadas a su cultivo, pero también por la larga tradición de las labores agrícolas locales, aunque supusiera un cambio respecto a los procedimientos anteriores, sobre todo en la rotación de cosechas adaptadas a la del maíz.

En el siglo xvii su cultivo aumentó la riqueza agrícola de Guipúzcoa y Vizcaya. En cambio en Alava no se adoptó y generalizó hasta entrado el xviii. A finales del siglo xvi, cuando se produjo una gran carestía alimentaria (1592 y años anteriores) y los pobres comían lo mismo que se daba al ganado (castañas y nabo) no se menciona el maíz. En unos diezmos de los años 1588-1592 no consta su existencia, ya que la borona (harina de maíz) que se cita, equivale aún a la de mijo, puesto que en ningún caso coinciden ambos nombres en un mismo pueblo. Las referencias seguras son ya del siglo xvii. En una descripción de Fuenterrabía de 1622 se dice: «siémbrese trigo, panizo, mijo y maíz, en que ahora han dado mas por hallar en ello provecho». En 1625 Isasti lo denomina mijo de Indias y en 1634 Gonzalo de Otalora lo cita entre las cosechas de la merindad de Durango. Hacia 1630 ya aparece citado en los diezmos de la época. En 1667, en un conflicto sobre diezmos en Guernica, tres casas se comprometían a pagar 15, 25 y 20 celemines de maíz respectivamente.⁷

Al principio se usó como pienso para el ganado pero pronto se convirtió en alimento humano, seguramente debido a las malas cosechas y hambrunas del siglo xvii. La escasez de grano en el país vasco es una constante según muchos testimonios: durante el siglo xvi son numerosas *concordias* de transporte de grano con Navarra, Lapurdi o Castilla. Hay épocas de crisis angustiosas por falta de subsistencias. En el caso de Guipúzcoa, bosques espesos cubrían la casi totalidad de la superficie del suelo reduciendo la extensión de tierras laborables. La insuficiencia en la producción de cereales también se explica por el arcaísmo de los métodos y la subordinación de la agricultura al modo de vida pastoril y la gran densidad de población del territorio.

Gracias a la introducción del maíz, se roturaron muchos terrenos baldíos (trozos de bosque, saneamiento de marismas en la desembocadura de los ríos), acabando por desterrar el mijo, avena y cebada. Al aumentar los rendimientos de la tierra, además de transformarse el paisaje, también lo hicieron las costumbres, robusteciéndose los vínculos entre el hogar y la familia, favoreciendo la creación de poblaciones estables. La sustitución del mijo por el maíz es la mejor prueba de la decisión

⁶ A. Alvarez y J. I. Ruiz de Galarreta: *Varietades locales de maíz de Gipuzcoa. Evaluación y clasificación*. Diputación Foral de Gipuzcoa. Vitoria 1995, pp. 16, 21-25.

⁷ M.T.P.S., *Voz Maíz en Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*. Editorial Auñamendi, 1989. Cuerpo A, Diccionario Enciclopédico Vasco, Vol. XXVI, pp. 180, ss.

con que el casero adoptó el nuevo cereal, a pesar del apego a la tradición de sus mayores. Estaban plenamente convencidos de los beneficios de la nueva planta con un ciclo vegetativo que ocupaba poco tiempo la tierra comparándolo con el trigo.

Además, suministraba hoja verde para alimento del ganado vacuno y hoja seca para los jergones. Pero sobre todo le proporcionaba pan y servía de tutor a la alubia. Fue un verdadero cambio en la estructura de la economía agrícola del país y seguramente la causa de su larga supervivencia gracias al equilibrio alcanzado.

Desde la recogida del trigo en agosto hasta la siembra del maíz en febrero o marzo, la tierra podía descansar o bien sembrarse nabo. Dado que se trataba de un cereal de ciclo corto, la tierra no descansaba y podían recogerse tres cosechas en dos años. El maíz, la alubia y el nabo o remolacha se pueden empezar a sembrar los tres a la vez, pero primero se recoge la alubia, luego el maíz y al final el nabo. Para obtener tal rendimiento de la tierra, era necesario un abundante abono con el estiércol del ganado estabulado. Todo se aprovechaba sabiamente aunque trabajando mucho.

Este profundo cambio en la estructura agrícola del país, produjo un retorno a las actividades primarias de gentes de los sectores secundario y terciario, que habían entrado en crisis desde el primer tercio del siglo XVII. Los habitantes de la costa se dedicaron mas a la labranza de la tierra que a la marinería, roturándose cada vez mas tierras. Este retorno a las actividades primarias incluso de comerciantes y artesanos, fue soportada por la agricultura gracias al «mijo de Indias», equilibrando la oferta y la demanda.

El maíz se daba especialmente bien en valles y lugares húmedos fácilmente regables. Su expansión fue a costa de la cebada, la avena y los prados, que ocupaban el fondo de los valles. Al transformar los prados en zonas de cultivo, disminuyó el ganado mayor aumentando en cambio el menor, ya que en las partes altas de los alrededores se plantaron bosques de pino marítimo o se reservaron eriales y matojos para el pastoreo de ganado menor. Las roturaciones de terreno en las zonas comunales de Guipúzcoa, beneficiaron a la ganadería hasta el punto de que se exportó carne desde 1745. Esta disponibilidad de maíz y ganado hizo que se crearan nuevas Ferias y mercados.

En la mayor parte de la provincia de Guipúzcoa el maíz llegó a ocupar el primer lugar entre los cereales. El segundo el trigo, que tenía mayor importancia, por su volumen de producción, en la zona montañosa, ya que la altitud es un gran freno para el cultivo del maíz. La cebada, prácticamente inexistente, quedó relegada al sur. En 1972, sólo un 12,3% de la superficie total de Guipúzcoa era cultivada; dentro de ella, un 30,4% se dedicaba al cereal, destacando el maíz y la alubia. Los cultivos forrajeros ocupaban un 23,5%: nabo, remolacha y maíz forrajero.

En el siglo XVIII, la crisis del Antiguo Régimen, que tanto repercutió en España, nada menos que con una guerra civil y un cambio dinástico, en realidad representa un proceso de cambio de alcance europeo con resultados muy diferentes. La Ilustración que políticamente desembocó en el llamado «Despotismo Ilustrado», no alcanzó decisivamente al caserío, acostumbrado a defender su autonomía. El espíritu de la Ilustración, que tan hondamente caló entre los intelectuales vascos del siglo XVIII, no parece haber influido mucho en la evolución de la organización y papel del caserío y su familia, a pesar de que ambos fueron objeto de mucha atención a través de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País. Debía de ser realmente difícil hacer salir de su rincón al casero, por mucho que se acercaran los señoritos aunque fuera hablándoles en euskera. En general, la repercusión fue fundamentalmente teórica, y el mundo campesino del caserío vascongado quedaba muy lejos de la elevación de los precios de los productos agrarios y las grandes rentas agrícolas de otras áreas españolas.⁸

⁸ J. Astigarraga: *Los Ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España*. Crítica, Barcelona 2003.

El siglo XIX y la primera mitad del XX con grandes convulsiones políticas y sociales y episodios bélicos de mayor o menor alcance, condujeron al mundo campesino guipuzcoano del caserío que conocí todavía vigente, y a través de la transmisión oral de mi madre y su familia, motivo por el que me he enredado en estos berenginales. Recuerdo cómo, en alguna de las visitas a Don José Miguel en Ataun, acompañada por mi madre, nos decía que teníamos que llevar también a la abuela, pues le interesaba mucho charlar con ella. Por desgracia, falleció en junio de 1968 sin que se entrevistaran.

Al centrarme en sus recuerdos, voy a hacer gran uso del testimonio escrito de Don Hipólito Usabiaga, Párroco de Asteasu⁹, que dejó una amplia y detallada descripción e historia del pueblo y de sus gentes en la época de profundos cambios a que me estoy refiriendo. Son interesantes las referencias al carácter de la gente del pueblo, a la que debía de conocer muy bien, y que a primera vista se mostraban un tanto cohibida «debido a la reducida comunicación social habida hasta nuestros días». En cambio en su intimidad y, una vez que inician el diálogo, «aflojan en ellos atisbos de gran inteligencia e incluso de una gracia chispeante con la que amenizan sus tertulias y despedidas de la feria semanal de Tolosa»; a la que al parecer acudían con el interés de «estar al día sobre el curso que llevan los intereses rurales». También se refiere a la taberna a la que acudían los montañeros y caseros agobiados por sus pesados trabajos, departiendo alegremente mientras hacían «ansiosas libaciones».

Señala que a pesar de la industrialización, la actividad agrícola es fundamental y necesita una reestructuración. «Casi la mitad de los vascos viven en el campo y la solución de sus problemas se retrasa siglo tras siglo». Le preocupa el precio de los productos agrícolas «que permanecían indefinidamente congelados», mientras se elevan los precios de los productos que ellos tienen que adquirir. Dice que el precio de los productos viene a ser para los agricultores lo que es el salario para el obrero y no es suficiente una política de precios. Hay que desarrollar más la tecnología y ayudar generosamente a la agricultura «que ni siquiera puede por sí sola sufragar su propia seguridad social». Aunque destaque la importancia de la mejora de las comunicaciones de Asteasu, el buen cura tiene una clara idea de las necesidades de sus feligreses que viven precisamente en esas fechas una etapa de profunda transformación económica y social.

Se refiere al pastoreo de ganado lanar, con rebaños de unas doscientas ovejas, cuyos pastores son normalmente sus propietarios, que practican una trashumancia moderada en la vertiente guipuzcoana del Pirineo, donde están los pastizales altos de verano, mientras que los medios y bajos se usaban en las otras estaciones. En los pastizales altos los pastores tenían sus chozas alquilando los prados temporalmente. Los del valle de Aiztondo veraneaban en el Aralar. En Asteasu y sus cercanías, durante el invierno y comienzos de la primavera se instalaban seis rebaños de doscientas ovejas cada uno. Es curiosa su referencia a la honradez de los pastores «rústicos turistas que al frente de sus rebaños conviven en nuestros fértiles prados». Dice que conoce «hasta cuatro pastores que encariñados con muchachas buenísimas de Asteasu llegaron al altar obteniendo su ansiada felicidad». El pastor, en realidad en ocasiones debía de ser un extraño en el ambiente cerrado de los caseríos, suscitando cierta desconfianza, que explicaría la cálida defensa de Usabiaga por lo menos en cuatro casos. Como ha estudiado muy bien Don José Miguel de Barandiarán, estas trashumancias continuadas de forma habitual daban lugar a una exogamia que rompía el excesivo aislamiento local¹⁰. Los mismos pastores solían hacer queso y cuajada en recipientes de madera, troncos vaciados, en los que se hervía la leche

⁹ H. Usabiaga Oruesagasti: *El Valle de Aiztondo. Asteasu. Irura. Anoeta. Aduna. Alkiza. Larraul. Zizurquil. Ernialde*. Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, 1974.

¹⁰ José Miguel de Barandiarán. *El hombre prehistórico en el país vasco*. Ekin, Buenos Aires 1952.

de oveja introduciendo piedras ardiendo que dejaban un regusto a quemado. Estas piedras «*esne-arris*» dieron el nombre de *Esnarritzaga* a tres caseríos de la zona de Erreka-Ballera.

Dada la abundancia de pastizales, en Asteasu fue importante también la cría de ganado vacuno y la producción de leche. Según Usabiaga, en los espaciosos y bien situados establos de Asteasu, 600 vacas lecheras producían diariamente siete mil litros de leche que, descontado el suministro local, eran transportados a Tolosa, Ernani y San Sebastián «Verdadera riada de rica leche tan codiciada por todos». Efectivamente, recuerdo la «riada» en San Sebastián, que cuando llegábamos los veraneantes, aumentaba considerablemente gracias a la aportación de Artikutza, que no impedía que tuviera abundantes natas. Por suerte, los veterinarios descubrieron que muchas de aquellas generosas vacas estaban tuberculosas, por lo que las autoridades determinaron la obligatoriedad de pasteurizarla en una central lechera. No recuerdo el año, pero sí doy fe del *Motín de Esquileche*, en el que todas las caseras llegaron en el Topo, o en sus carricoches, cargadas con sus grandes marmittas de rica leche y la tiraron por las alcantarillas de las calles aledañas al desaparecido Mercado de San Martín. Al final, todo el mundo aceptó la medida sanitaria y se acostumbró a beber la llamada mejor agua de mesa.

La castaña que había sido básica en la alimentación, pasó a ser consumida asada, como golosina.. Los cultivos fundamentales de Asteasu eran el maíz y la alubia, así como cómo el tomate y pimiento. La producción era óptima gracias a los cuidados y el abundante abono orgánico procedente de la limpieza de los establos, y en la huerta todavía se usaba la laya para remover la tierra y preparar los planteles. El maíz había sustituido al mijo del que tomó el nombre, *artua*, lo mismo que del pan de mijo, *talo*, del que antes se hacía gran consumo. Los molinos *yeribar*, funcionaban en la villa de Asteasu desde el siglo xiv, llamándose también *heiare* de eiotu, moler. Estas dos denominaciones, según Usabiaga, serían mas auténticamente vascas que la de *Errota* derivada del latín, que es la comúnmente usada. En 1580 los vecinos de Asteasu se lamentaron del servicio dado por los molinos, por lo que sus regidores acordaron la construcción de tres molinos nuevos, con aportación de los vecinos, apoyados por el Corregidor. Los molinos eran propiedad del Municipio que los arrendaba a los solicitantes, señalando la cuota que podían exigir por sus servicios. Es curioso el dato de que el Ayuntamiento obligaba a cada molinero a traer un novillo cada uno, para torearlo en las fiestas de San Pedro, así como seis libras de pólvora para la procesión del día de Corpus.

Otra producción importante de Asteasu era la manzana, para mesa y, sobre todo, para sidra., al parecer de gran calidad. Su producción media anual se estimaba en 164.000 litros entre 105 caseríos. Según Usabiaga, «la manzana, que contiene un 6% de alcohol, es una de las frutas mas sanas y provechosas, nutre y reconstituye el organismo». La venta de la sidra se hacía por carros. Cada carro transportaba seis sacos, con los que se obtenía doscientos litros de sidra (33,33 litros por saco).

Las actividades artesanas (carpintería, cantería, herrería) y de servicio (tiendas, tabernas, fondas) daban ocupación y atendía a las necesidades de reparación y suministros de los caseríos, pero en ocasiones llegaban conseguir acreditarse fuera del vecindario. Usabiaga se refiere concretamente a los mangos de las guadañas, fabricados uno a uno, adaptado a cada segador, teniendo en cuenta su brazada, su constitución física y los terrenos donde tenía que trabajar con corte rápido y cómodo. Se trataba de un trabajo delicado que no podía hacer cualquier carpintero, y proporcionaba una herramienta muy útil y personal antes de que se introdujeran las segadoras mecánicas. También había en el pueblo un taller donde se fabricaban los yugos para uncir a los animales. Al parecer los artesanos iban casa por casa, vaca por vaca, para tomar las medidas de su testuz «con el esmero con que un sastre se preocupa por obtener una perfecta confección».

Aunque yo creía que mi aproximación sentimental al pueblo de mi abuela era una especie de divertimento, gracias a un buen amigo de San Sebastián (Juan Antonio Garmendia Elósegui) que me

iba proporcionando libros de su biblioteca personal, llegó a mis manos un extraordinario libro de José Urrutikoetxea, que demuestra cómo todavía es posible seguir una línea de investigación seria y sorprendentemente fructífera partiendo de caseríos concretos de la zona de Irún¹¹. Como señala en el prólogo Pablo Fernández Albadalejo, se trata del estudio sobre lo que ha significado el caserío y su familia en el pasado, a partir del análisis actual sobre los caseríos de Irún, rastreando la historia y avatares de los viejos y nuevos caseríos, de su entramado productivo y de la composición familiar dominante. De su capacidad de crear mecanismos de defensa frente a las crisis y dificultades como las que supusieron las guerras carlistas. Sería importante ver si esta línea de investigación puede seguirse todavía en otras comarcas, cuanto antes mejor, sólo falta jóvenes que se interesen en ello.

Pero sin duda es Don José Miguel de Barandiarán, nacido en el caserío *Perune Zarra* de Ataun el 31 de diciembre de 1889, el mejor testigo de la evolución del caserío en el siglo xx y también el cuidadoso receptor, desde niño, de las tradiciones orales de creencias, leyendas y mitos oídas de sus mayores en el caserío, en su lengua vernácula. Hecho que quedó poéticamente reflejado por Julio Caro Baroja en el Homenaje que le dedicaron en 1962 los miembros de la llamada Academia Errante¹²: «El niño escucha a sus mayores: en la lengua vernácula le dan aquéllos cuenta de una serie de creencias, de leyendas, de mitos. Mas tarde o mas temprano hay que tomar posición ante estas tradiciones orales. El niño deja de ser niño; llega a sacerdote, estudia ciencias diversas...y «a pesar de todo», encuentra que aquellas viejas tradiciones tienen un gran valor, un inquietante significado espiritual. Todo un mundo mítico y poético se levanta ante él mas o menos ordenado, estructurado. La cuestión es ir captándolo bien, ir reflejándolo en escritos, del mejor modo posible». Este testimonio es especialmente válido porque su autor ya avisa de la llegada de los antropólogos sociales, para los que *los materiales* recogidos directamente de las fuentes orales durante mas de cuarenta años, que iluminan los datos de su actividad arqueológica desde 1916, son difíciles de digerir y todavía ofrecen materia de estudio. Un resumen actualizado en 1988 por Ignacio Barandiarán¹³, creo que es una buena muestra de su vigencia. El relato de su vida por su sobrino Luis, es un inestimable acercamiento a su pensamiento. Recojo algunos fragmentos de una entrevista de 1964¹⁴: «El ser vasco es tener un ideario específico, una concepción característica del hombre y del mundo que es lo que en euskera se denomina *guizabidea* (humanismo). De ahí se deduce la ética propia El comer, el beber, etc... son funciones comunes al hombre y a los animales. Pero los grandes interrogantes sobre el sentido de la vida y del mundo sólo se los plantea el hombre porque es el único ser inteligente. Esto es lo que caracteriza una cultura humana. Pero esta concepción del hombre, del mundo y de la vida varía según las diversas culturas. La cultura vasca tiene la suya»

ANA M.^a MUÑOZ AMILIBIA
UNED. Madrid

¹¹ José Urrutikoetxea: «En una mesa y compañía». *Caserío y familia campesina en la crisis de la «sociedad tradicional»*. Irún, 1766-1845. Universidad de Deusto, Facultad de Filosofía y Letras, San Sebastián 1992).

¹² «Barandiarán y la conciencia colectiva del Pueblo Vasco». En La Academia Errante: *Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán, una jornada cultural en compañía del maestro*. Editorial Auñamendi, San Sebastián 1963.

¹³ «El pasado en las tradiciones populares: etnografía y folklore sobre la Prehistoria Vasca» *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*. Cuerpo B, *Prehistoria: Paleolítico*. Auñamendi-Estornés, San Sebastián, pp. 239-251.

¹⁴ L. de Barandiarán Irizar: *José Miguel de Barandiarán Patriarca de la cultura vasca*. Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, San Sebastián 1976.